

Evangelio del Domingo

Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo

Conclusión del santo Evangelio según san Lucas (Lc 24, 46-53).

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.»

«Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que vino de lo alto».

Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo.

Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	Del evangelio de san Lucas (Lc 24, 46 - 53).
Magisterio:	Exhortación Apostólica "Amoris Laetitia" de SS el Papa Francisco (3)
Propuesta:	Encontrar a Jesús (29)
Testimonio:	Benedicto XVI: de la Audiencia General del día 1 diciembre 2010 (2)

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades de sus miembros, porque, como escribía el poeta, «toda casa es un candelabro». Entremos ahora en una de esas casas, guiados por el Salmista, a través de un canto que todavía hoy se proclama tanto en la liturgia nupcial judía como en la cristiana: **«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos! Del trabajo de tus manos comerás, serás dichoso, te irá bien. Tu esposa, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa. Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!»** (Sal 128,1-6).



Atravesemos entonces el umbral de esta casa serena, con su familia sentada en torno a la mesa festiva. En el centro encontramos la pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor. En ellos se realiza aquel designio primordial que Cristo mismo evoca con intensidad: **«¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer?»** (Mt 19,4). Y se retoma el mandato del Génesis: **«Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne»** (Mt 19, 5).

La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente — no aquella de piedra u oro que el Decálogo prohíbe—, capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios, porque la capacidad de generar de la pareja humana es el camino por el cual se desarrolla la historia de la salvación. Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. **El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente.** Nos iluminan las palabras de san Juan Pablo II: **«Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo».** La familia no es pues algo ajeno a la misma esencia divina. Este aspecto trinitario de la pareja tiene una nueva representación en la teología paulina cuando el Apóstol la relaciona con el «misterio» de la unión entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,21-33).

Encuentro con Jesús núm. 29

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.
Vosotros sois testigos de esto...»



La ascensión es una experiencia de los discípulos de Jesús. Una experiencia de la glorificación de Jesús y del envío recibido para ser testigos de todo lo que habían vivido con él. **La ascensión es el culmen de la vida de Cristo entre nosotros**; Jesús ya vivió y nos dio testimonio del Padre, ya murió y resucitó consiguiéndonos **la salvación**, ahora regresa al Padre, de donde ha venido para glorificar al Padre y ser glorificado por Él. **Esto marca el comienzo de la Iglesia**, como primera comunidad de discípulos de Jesús, sus seguidores **están llamados a dar testimonio de Él**, pero para eso Jesús les pide que esperen el cumplimiento de su promesa, es decir, que esperen el envío del Espíritu Santo. Nuestra fe en la ascensión exige creer que Jesús, que vivió, murió y resucitó, ha regresado a su Padre y como Hijo intercede por todos nosotros para que demos testimonio de Él.

Beata Juliana de Norwich:

“Y en ese amor, nuestra vida es eterna”

Benedicto XVI: extracto de la Audiencia General del día 1 diciembre 2010 (2)

El tema del amor divino se repite a menudo en las visiones de Juliana de Norwich que, con cierta audacia, no duda en compararlo también con el amor materno. Este es uno de los mensajes más característicos de su teología mística. La ternura, la solicitud y la dulzura de la bondad de Dios para con nosotros son tan grandes que, a nosotros, peregrinos en esta tierra, nos evocan el amor de una madre por sus hijos.



«Como es verdad que Dios es nuestro Padre, así es verdad que Dios es nuestra Madre. Y esta verdad El me la mostró en todas las cosas, pero especialmente en aquellas dulces palabras cuando dice: “Yo soy el que soy”.»

«Es como decir, yo soy la Potencia y la Bondad del Padre; yo soy la Sabiduría de la Madre; yo soy la Luz y la Gracia que es amor beato; yo soy la Trinidad; yo soy la Unidad, yo soy la soberana Bondad de todas las cosas, yo soy Aquél que te hace amar, yo soy Aquel que te hace desear, yo soy la satisfacción infinita de todos los verdaderos deseos. (...)»

En realidad, también los profetas bíblicos utilizaron a veces este lenguaje que recuerda la ternura, la intensidad y la totalidad del amor de Dios, que se manifiesta en la creación y en toda la historia de la salvación y tiene su culmen en la Encarnación del Hijo. Pero Dios supera siempre todo amor humano, como dice el profeta Isaías: *«¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas llegasen a olvidar, yo no te olvido»* (Is 49, 15).

Juliana de Norwich comprendió el mensaje central para la vida espiritual: Dios es amor y sólo cuando nos abrimos, completamente y con confianza total, a este amor y dejamos que sea la única guía de nuestra vida, todo queda transfigurado, encontramos la verdadera paz y la verdadera alegría y somos capaces de difundirlas a nuestro alrededor.

«Y vi con completa certeza que Dios, antes de crearnos, nos ha amado, y Su amor nunca ha disminuido, y nunca lo hará. En este amor Él ha hecho todas Sus obras, y en este amor Él hace que todas las cosas sean para nuestro provecho; y en este amor nuestra vida es eterna.»

«En la creación hemos tenido un inicio, pero el amor con el que Él nos ha creado estaba en Él desde siempre: y en este amor nosotros tenemos nuestro inicio.»

«Y todo ello nosotros lo veremos en Dios, eternamente.»